

muy célebre; me habló así mismo de los ilustres monasterios que han hecho fértiles los desiertos en frutos de santidad y donde la vida tan pura de tantas santas almas que exhalaba un olor de santidad que llegaba hasta el trono de Dios. Prosigue diciendo San Agustín, que escuchaba á Ponticiano y que al mismo tiempo examinaba su propio corazón, y se sentía confundido y avergonzado por hallar en su fondo tanta depravación y tal perversidad que llegó á tener horror de si mismo.

Partió Ponticiano y levantándose Agustín lleno de entusiasmo, dijo á su amigo nombrado Alipio, que allí se encontraba y que lo había visitado: ¿Qué hacemos amigo? los ignorantes ganan el cielo; y nosotros, con toda nuestra ciencia, estamos sumidos en la carne y la sangre ¿Tendremos vergüenza de seguirlos? Pronunciadas estas palabras, sintió vehementísimos deseos de estar solo y de entregarse á serias meditaciones; en un jardín próximo á su casa permaneció durante algunas horas casi encimismado y entregado á profunda meditación; siguió paso á paso todos sus extravíos, recordó una á una todas sus locuras y de tal suerte se avergonzó de la miseria en que había caído, que empezó á verter abundantes lágrimas, y refiere él que como suplicase fervientemente á Dios que le apartase de aquella senda de perdición, oyó (sin saber de donde partía) una voz inefable que le decía: «*Tolla lege*» (toma lee). Esto fué considerado por Agustín como una revelación; tornó á su casa, tomó en sus manos las *Epistolas de San Pablo*, abrió al azar el libro y leyó en una de sus páginas: «No viváis en los festines y la embriaguez ni en las disoluciones é impurezas, ni en espíritu de deseo y de envidia, sino revestíos del Señor Jesucristo y no tratéis de contentar á la carne con sus deseos.